

noticia, manifestándole que todo lo debía temer de la venganza de los herejes, puesto que él no había cesado de hacer la guerra á la herejía. Pero mientras que todos estaban alarmados, el hombre de Dios, tranquilo y sin sombra de temor ni de emoci6n, despues de haber animado á los que le rodeaban á poner su confianza en Dios, fué á la catedral á cantar las Vísperas con la misma serenidad que si todo hubiera estado en una profunda paz (1).

Su confianza no fué vana, porque, habiéndose estendido el rumor de que el Duque de Saboya, para contentar á los herejes, iba á conceder en sus Estados la libertad de ejercer públicamente el culto protestante, como Enrique IV acababa de concederlo en Francia por el edicto de Nantes, los sitiadores temieron perjudicar su causa llevando mas adelante el ataque, y se retiraron.

Pero el consuelo de esta retirada fué compensado con el dolor que en el corazon del santo Obispo produjo la razon que la motivaba, no porque lo creyera una cosa resuelta, pues consideraba al Duque de Saboya demasiado religioso y sabio para incurrir en semejante falta, sino porque la sola posibilidad de un mal tan grande le afligia. «Que los »hombres de estado, decia, tengan en otras partes razones »políticas para adoptar tal medida, es cosa que no me »meto á examinar; pero aquí, donde la religion católica »reina pacíficamente y con satisfaccion de todos los ha- »bitantes, autorizar á los ministros para predicar sus »errores y para reducir á los pueblos, es evidentemente »sembrar en el país gérmenes de perturbacion, de di- »vision y de desórdenes, y no hay nada en el mundo que »sea mas contrario á la política.» (2)

Sin embargo, para preparar á su pueblo á todo lo que ocurriese, el apóstol creyó debía trabajar con un ardor mas especial en afirmarle en la fe, haciéndole crecer en las virtudes y en la práctica de las buenas obras. En el

(1) Dep. de Francisco Favre, que estaba presente.

(2) Carlos Aug., p. 347.

púlpito, en el confesonario, en sus conferencias privadas, por todas partes exhortaba á los fieles á ser cada dia mejores. Visitaba á los enfermos para asistirlos y consolarlos, á los pobres para examinar sus necesidades espirituales y temporales, cuidando de que á ninguno le faltase lo necesario, y de que todos observasen una vida cristiana.

Descendia hasta á las prisiones y calabozos mas sombríos, para llevar á los desgraciados que estaban en ellos detenidos los consuelos de la religion, y recibia la confesion de gran número de ellos.

Entre estos se encontraba un monedero falso, condenado por esto á muerte. Este desgraciado, en el exceso de su furor, no tenia en su corazon mas que desesperacion, y en la boca nada mas que maldiciones contra sus jueces, obstinándose en no oir ninguna palabra de fe ó de perdon. El santo Obispo tuvo el valor de ir á verle para intentar la obra de su conversion, que muchos antes que él habian emprendido en vano; y tal fué el imperio de su dulzura que logró insinuarse en esta alma, hasta entonces inaccesible, calmar su furor y atraerla poco á poco al arrepentimiento, consiguiendo que se reconciliara plenamente con Dios este gran culpable; y para sostenerle en estas santas disposiciones, tuvo la delicada atencion de enviar á los curas de las parroquias situadas en el camino que el desgraciado tenia que recorrer, hasta llegar al lugar donde debia sufrir su pena, con la orden de visitarle á su paso, y de asistirle con todos los auxilios espirituales y temporales que pudiera desear. El mismo le acompañó hasta salir de la ciudad, alentándole á que hiciera el sacrificio de su vida en espiacion de sus faltas, y sugiriéndole con la mas tierna efusion de celo, los sentimientos que inspira la religion en tales circunstancias; y cuando le fué necesario separarse de él, le dió medallas con indulgencias que representaban algunos asuntos piadosos propios para reanimar su confianza, y le abrazó con amor, bañándole con sus lágrimas. Cuando entró en su palacio, habiéndole preguntado algunos por que se habia tomado tanto interés



por un extranjero enteramente desconocido. «Es cierto, »contestó, es un extranjero y desconocido, pero todos somos hermanos en Dios, que es nuestro comun padre, y »no es necesario mas para despertar todo nuestro interés.»

Con el espectáculo de una vida tan eminentemente apostólica, la opinion pública parecia no podia sufrir que el Obispo de Ginebra ocupara un puesto que consideraba muy inferior á su mérito. Por todas partes se hablaba de su traslacion á otra silla fuera de Saboya. No bien llegó este rumor á los oidos de la Señora de Chantal, cuando se apresuró á escribirle para espresarle el temor que tenia de perderle: «Nada se hará sino por orden de Dios, le »contestó, y bajo su direccion, á cualquier lado que vaya »todo ira bien para vos y para mí. Dios lo tiene todo en »su mano poderosa, y mi alma no tiene lugar determinado »mas que en su Providencia.» (1) «Tengo noticias, le escri- »be unos meses mas tarde, de que quieren elevarme mas »alto en la tierra, pero no he de dar el mas mínimo paso »por conseguir el mundo entero, pues lo desprecio. Si »esto no es para mayor gloria de Dios, no se hará.» (2)

Las contradicciones no le alteraban mas que las demostraciones de estimacion. «Quisiera que me viéreis in- »teriormente; desde vuestra partida no he cesado de reci- »bis contradicciones grandes y pequeñas, pero ni mi es- »píritu ni mi corazon han tenido alteracion alguna, á »Dios gracias. Nunca tanta suavidad y dulzura, hasta »ayer, que las nubes lo cubrieron; mas ahora, que vuelvo »de la santa Misa, todo esta claro y sereno.»

La Señora de Chantal tenia otro motivo de inquietud; temia ver sucumbir á la fatiga á este santo prelado, que á los trabajos del día unia las vigiliass de la noche, y no se reservaba ni aun el tiempo necesario para sus comidas. Se quejó de esto á él mismo, y recibió por respuesta: «Os »prometo tener en adelante mas cuidado de mi salud,

(1) Carta XCIX.

(2) Carta CII.

»aunque siempre tengo mas del que merezco; y gracias á »Dios me encuentro muy bueno ahora, por haber acertado »las veladas de la noche y las escrituras que queria hacer, »y por mi resolucion de comer mejor.»

El 18 de julio de este año de 1606, Francisco se desentendió de tantos trabajos, para volver á emprender el curso de su visita pastoral. Empezó por el Faucigny, pais sembrado de altas montañas cuyas cimas están coronadas por nieves perpétuas, al mismo tiempo que su pié se pierde en los abismos, y de valles erizados de enormes masas de hielos, que los grandes calores del estío desprenden á veces de la cima con horrible estruendo. El santo Obispo recorrió este pais con la misma rapidez que si hubiera sido un pais llano, visitando una parroquia cada dia y á veces varias. Cuando debia ir á las aldeas situadas en las cimas de las montañas mas altas, trepaba ayudándose con ambas manos, con evidente peligro de caer en los precipicios; á veces tambien se ponía clavos de hierro en los zapatos, para no resbalar en los hielos y rodar á los abismos (1). Al cabo de algun tiempo de viaje sus pies, todos agrietados, hechos una llaga de donde corria la sangre, no permitieron sino con trabajo sostenerse de pié, y sin embargo, no dejó de andar mientras le fué posible, sin manifestar disgusto ni cansancio, compadeciendo á los que iban con él, y nunca á sí propio, levantándose y encontrándose el primero en la fatiga. La imposibilidad de mantenerse en pié pudo solo detenerle durante diez dias, al cabo de los cuales volvió á ponerse en camino; pero una inflamacion considerable se le declaró en una pierna, y le fué necesario renunciar á viajar á pié y hacer todas sus escursiones á caballo, lo que le era aún mas penoso, pues tenia que poner su pierna enferma sobre el arzon de la silla, y avanzaba muy lentamente. Un dia en que los que le acompañaban, tambien á caballo, habian apresurado el paso para que no los sorprendiera la noche que se acercaba, olvidando que su amo,

(1) Carlos Aug., p. 350.—De Maupas, p. 355.



que venia detrás, no podia seguirlos, los dejó alejarse sin decirles nada, y quedó solo continuando poco á poco su camino. Estos, cuando lo hubieron notado, volvieron al punto atrás, disgustados porque no los habia seguido; y habiéndolo alcanzado, uno de ellos se permitió darle alguna queja por ello. «Amigo mio, le contestó dulcemente el santo viajero, vamos como podemos.» (1)

Las visitas de Francisco llevaban por todas partes el sello del apostolado; predicaba, catequizaba, confesaba, visitaba á los indigentes, les distribuía limosnas, hablando con los aldeanos en su lenguaje; y antes de partir recomendaba á los curas continuaran las esplicaciones del catecismo como él las habia dado, con la mayor sencillez y claridad que les fuera posible. El trabajo de estas visitas era tal, que escribia á la Señora de Chantal (2): «Es un pequeño milagro que esté bueno entre tantos negocios y ocupaciones. Todas las noches, cuando me retiro, no puedo mover ni el cuerpo ni el espíritu; tal estoy de rendido.»

Estando visitando la parroquia de Villard, le dijeron que se encontraba allí un pecador público que daba mucho escándalo; parte al punto en busca de esta oveja extraviada, la encuentra, y procura ganarla con todas las insinuaciones de la caridad. No correspondiendo el desgraciado á tanta bondad sino con insultos y burlas, el Obispo trocó la dulzura en severidad, y le amenazó con escomunion. «Pues bien, replicó el pecador endurecido, si me escomulgais, os juro aquí mismo que me pasaré al protestantismo;» á cuyo lenguaje Francisco solo opuso el silencio del dolor, y se retiró.

Habiendo llegado la hora del sermón, subió al púlpito (era el día de la Degollacion de San Juan Bautista, fiesta del patron de la parroquia), y de aquí tomó motivo para hablar con energía contra los vicios que habian ocasionado

(1) Recol. de la Madre Greffier, p. 24.

(2) Carta CIII.

la muerte al santo precursor. El culpable, á quien la curiosidad habia atraído á la iglesia, quedó vencido por aquella elocuencia tan vigorosa; fué á buscar á Francisco al pie mismo del púlpito, le rogó con lágrimas oyera la confesion de sus pecados, y acabada la confesion pidió públicamente á todo el pueblo perdon de sus escándalos, golpeando su pecho y dando señales inequívocas de su contricion. El pueblo, conmovido ante este espectáculo, apenas podia creer á sus ojos. «¡Ay! hijos míos, les dijo Francisco abrazando al nuevo convertido con inefable gozo, alegrémonos: hé aquí á nuestro hermano que, segun las palabras de Jesucristo, se arranca el ojo y se corta la mano para entrar en el reino de los cielos; hé aquí un hijo del Evangelio, un alma predestinada:» y habiendo alentado otra vez con sus palabras al nuevo hijo pródigo arrepentido de sus extravíos, le detuvo algunos días á su lado, con el fin de afirmarle en su nueva vida (1).

Una conversion mas notable todavía fué la de un eclesiástico que habia incurrido en graves faltas, y las negaba con un descaro que afligia (2). El santo prelado le acogió primero con benignidad; luego, viendo la audacia con que se defendia, se avergonzó por el desgraciado que no sabia avergonzarse: el culpable fué vencido con la confusion de su Obispo; cayó de rodillas, y se confesó con un profundo arrepentimiento: «Ahora, Monseñor, añadió despues de su confesion, ¿qué pensais de mí?—Pienso, hermano mio, replicó el santo Obispo, que el Señor ha derramado sobre vos su gran misericordia. A mis ojos estais resplandeciente de gracia. ¿Pero vos sabeis lo que soy?—Sois lo que digo, y para probaros que os veo lleno de gracias celestiales, os ruego me hagais participar de ellas, dádome vuestra bendicion;» y diciendo esto se arrojó á sus pies. Este, confundido, no sabia que hacer: «Os hablo con sinceridad, contestó Francisco, y voy aún mas lejos: os

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 29 de agosto.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXXI.



»ruego me hagais el mismo oficio que acabais de recibir de mí, y me oigais en confesion.»

Reusándose el sacerdote á un ministerio del que se creia indigno, el Obispo le obligó á desempeñarlo; y para mostrar cuán sinceramente le estimaba, se confesó aún otras veces á la vista del público, que no sabia qué admirar mas, si la humildad del Obispo ó la conversion milagrosa del sacerdote.

Francisco no tenia menos habilidad para atraer á la religion á las poblaciones enteras que á los particulares; y la parroquia de Samoëns, entre otras varias, fué de ello un ejemplo tan feliz como memorable. Reinaba en ella la discordia, y sus habitantes, divididos entre sí, se trataban como implacables enemigos.

El santo llegó allí en la octava de la Asuncion, y diestro en sacar partido de la circunstancia del tiempo, despues de haber contado el feliz tránsito de la Santísima Virgen: «¡Oh! mi amado pueblo, exclamó, María muere de amor, y nosotros vivimos de odio. Así ella sube á los cielos; y nosotros descendemos á los infernos.» A estas palabras el pensamiento de sus ovejas que se condenan le hace derramar abundantes lágrimas; los sollozos ahogan su voz; no le es posible continuar su discurso; baja del púlpito, y los oyentes, mezclando sus lágrimas á las suyas se presentan á su tribunal, para deponer en él el arrepentimiento de sus enemistades y reconciliarse con Dios, reconciliándose con sus conciudadanos.

Al dia siguiente, habiendo vuelto á subir al púlpito, y habiendo, despues de la señal de la cruz, pronunciado con una voz alta y conmovida los dos nombres amados de su corazon, *Jesus* y *María*, quedó algun tiempo en silencio, con las manos juntas sobre el pecho, recogido é inmovil, de tal suerte que le creyeron arrebatado en éxtasis. Luego, habiendo repetido otra vez *Jesus* y *María*, se entregó á todo el ardor de su corazon, desenvolviendo con tanta uncion como gracia todo lo que su piedad encontraba de amable en estos dos nombres: en *Jesus*, tan tier-

no y tan amante para *María*; en *María*, tan grande y tan poderosa por *Jesus*. Habiendo este segundo sermón terminado la conversion de los que aún vacilaban, consagró cinco dias y una parte de las noches en confesar á los penitentes, que acudian en multitud á sus pies, en juzgar las diferencias que iban á someter á su decision, en hacerles instrucciones sobre las grandezas y virtudes de *María*; y por este medio tuvo el consuelo de restablecer la paz donde reinaba la discordia, y unir en la caridad de *Jesucristo* corazones hasta entonces agriados los unos con los otros (1).

Imitador de todos los santos Obispos, Francisco de Sales, no estaba de tal suerte ocupado en la santificacion de los otros, que perdiese de vista un solo instante la suya propia. El espectáculo de la naturaleza, que en los países montañosos habla de un modo muy diferente al corazon que en la monotonía de los llanos, elevaba cada dia, con su grandioso aspecto y sus mil variadas perspectivas, el alma del santo Obispo hácia el Criador de tantas maravillas, admirando, bendiciendo y saboreando á Dios en sus obras. «He encontrado á Dios, escribe á la señora de Chantal (2), todo lleno de dulzura y suavidad, aun entre nuestras mas altas y ásperas montañas, donde muchas almas sencillas le adoran con toda sinceridad y verdad, donde las cabras y venados corren de aquí para allá, entre horribles hielos, para anunciar sus alabanzas. Por falta de devocion no entendí sino algunas palabras de su lenguaje, pero me parecia que decian muy bellas cosas. ¡Qué bien las hubiera entendido San Agustin si las hubiese visto!»

Las relaciones con las almas sencillas de las montañas, en las que la flor de la inocencia no habia sido aún marchitada por el soplo contagioso de las grandes ciudades, edificaban mas aún el alma del santo prelado que todas las bellezas de la naturaleza. «¡Oh, qué buen pueblo he

(1) Año Santo de la Visitacion, 18 y 19 de agosto.

(2) Carta de fines de mayo 1607.—De Maupas, p. 271.